

Discurso del Presidente de la República en Sesión conjunta del Congreso Pleno de México

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE CHILE, RICARDO LAGOS, EN LA SESIÓN DEL CONGRESO PLENO DE LA REPÚBLICA DE MÉXICO

CIUDAD DE MÉXICO, 4 de diciembre de 2000

Es un honor para Chile que su Presidente sea el primero en ser recibido por el Congreso Pleno de México, después de haber participado en el ritual democrático de la asunción del mando de un nuevo Presidente. Es un honor que nos obliga con la sociedad mexicana, con todas sus corrientes de opinión, con toda la riqueza y diversidad de este país que es cuna de buena parte de la cultura de Latinoamérica.

Hemos venido con alegría al México de siempre, hemos venido encabezando una delegación que es expresión de la pluralidad y diversidad de Chile. Aquí están miembros de mi gabinete, miembros del Parlamento de Chile, de Gobierno y de la oposición chilena, miembros del Poder Judicial, miembros de la academia, de las artes y de las letras. Aquí ha venido una pequeña representación del microcosmos que es Chile, a renovar una relación larga y fecunda.

Gracias por sus palabras de bienvenida señor Presidente, gracias por las palabras de cada uno de los ciudadanos legisladores que me han dado la bienvenida como expresión de la pluralidad del México de hoy.

Traigo para todos ustedes el cariño de Chile. En nuestro caso, la distancia no es lejanía, sino que resulta de la grandeza de un Continente unido por hermandades muy profundas y, por qué no decirlo también, por un futuro que queremos construir y compartir.

México es querido en Chile porque su cultura forma parte de la nuestra desde hace tanto tiempo. Esa cultura que tiene que ver con la literatura y la cocina, con arquitectura y arqueología, con iglesias y artesanía, música, pintura, colores, sabores de cada uno de los pueblos de México.

Queremos a México por lo que México hizo en el pasado, por la relación de la Mistral con Vasconcelos, cuando Vasconcelos quiso inundar al país de libros repartiéndolos de modo gratuito en bibliotecas, escuelas, universidades.

Queremos a México porque México se abrió a Chile cuando en Chile la libertad se esfumó. Queremos a México por los miles de chilenos que encontraron aquí su familia y su trabajo, que decidieron permanecer en esta tierra.

Queremos a México por la forma en que nos acogió cuando en momentos duros de mi patria, cuando la libertad se esfumaba, aquí encontraron tierra de libertad, de hermandad, de cariño y generosidad. Gracias México.

Pero estamos aquí, a partir de esta historia compartida, de esa identidad que nos hace hermanos, para plantearnos la posibilidad de construir ahora un futuro común. A partir de la historia y el futuro, nos acerca un destino común que queremos construir.

Cómo somos capaces de cumplir lo que nos dictaron nuestros padres de la patria, cómo nos preparamos para ésta, la próxima etapa. Tenemos todavía pendiente lo que Miguel Hidalgo planteara en el manifiesto de diciembre de 1810, cuando dijo "disfrutarán sus habitantes de todas las delicias que el soberano autor de la naturaleza ha derramado sobre este vasto continente".

¿Cuántos todavía reclaman que sea verdad la propuesta de Hidalgo, que todos puedan disfrutar las bondades que se han derramado sobre este vasto continente?

Es esta promesa de hace casi dos siglos la que nos sigue comprometiendo a todos, máxime los que aquí, como ustedes, representan al pueblo soberano de México.

Es esencial que nuestras sociedades dispongan de ideas de sí mismas, para ahora plantearnos cómo somos capaces de concretar la profundización de los sistemas democráticos, el crecimiento de nuestras economías, con oportunidades iguales a cada uno de sus hijos. Y cómo somos capaces de generar una vida cultural distinta, más rica y más profunda.

Pero como ustedes mismos han dicho en esta mañana, en esta sesión, es que también debemos entender y actuar a tiempo, porque a ratos solemos mirar al mundo con ojos del pasado, sin distinguir las sombras de las realidades.

Porque las propuestas y los propósitos son similares, los instrumentos y las herramientas son distintas, porque en estos años también el mundo cambió.

Por primera vez en 350 años vivimos en un mundo donde no hay equilibrio de grandes potencias. Cuando nuestros pueblos nacen a la vida independiente, nuestra política internacional surge de entender cómo somos capaces de actuar en un mundo de equilibrio de poderes.

Desde el Congreso de Westfalia, allá por la Europa de 1650, que estábamos acostumbrado al equilibrio de las grandes potencias. Hoy es distinto.

Cómo actuamos hoy entonces, cuando por primera vez hay una sola gran potencia política y militar en el mundo. Nunca en los 200 años de vida independiente casi llevamos, nos habíamos enfrentado a un escenario internacional de esa naturaleza.

Cómo hoy nos enfrentamos a una creciente globalización, que significa que buena parte de lo que son nuestras herramientas propias de la soberanía de un país, tienen características distintas. A ratos es más importante la tasa de interés que se fija en una potencia extranjera, que la tasa de interés que fijan nuestras autoridades monetarias, o los tipos de cambio, o los niveles y estructura arancelarias que hoy dependen más de nuestra inserción internacional que de nuestras respectivas dinámicas internas. Porque el mundo ha cambiado.

Pero también reconozcámoslo, se han globalizado valores como la democracia. Hoy no se anda por el mundo con la frente en alto si no se respetan lo que representa un país, que representa los más profundos valores democráticos. En buena hora. Hay también una globalización en el sentido de cómo hoy respetamos los derechos humanos.

Y hemos aprendido en el duro camino del siglo XX, por lo que en este siglo ha ocurrido, donde quiera que haya un ser humano cuyos derechos humanos con violentados, otro ser humano independiente del país donde vive tienen derecho a levantarse y contestar su voz. En buena hora. Hacía falta aquello para que seamos hermanos de nuestros hermanos en desgracia.

Hemos aprendido que se ha abierto un mundo nuevo con un desarrollo tecnológico distinto en el ámbito de las telecomunicaciones. Es que el comercio mundial ha existido siempre, como dice Hobsbawm. La gran diferencia está en que es la instantaneidad de la comunicación lo que hace el fenómeno de la globalización.

Y es allí, entonces, donde tenemos ante esta mutación cómo somos capaces de ser fieles a lo que son nuestras demandas de siempre, a partir de la forma en que hoy, con responsabilidad, ejercemos nuestras acciones.

Por eso, la forma en que nuestros países participen de este proceso van a determinar los resultados de cada uno de nuestros países. Así como no debemos sufrir las injusticias en solitario o en silencio, tampoco debemos culpar a otros de lo que no seamos capaces de hacer todos nosotros conjuntamente.

Es cierto que vivimos en un mundo difícil, de injusticias, sobre las cuales debemos levantar nuestra voz. Pero también digámoslo, de nosotros depende enfrentar aquello si lo hacemos en conjunto y lo hacemos bien.

Por eso yo quisiera decir que mi país y mi gobierno han apostado por insertarnos en este mundo. Es cierto, como aquí se ha recordado, en poco más de 10 años hemos logrado duplicar el tamaño de la economía, reducir la pobreza, pero aún nos queda mucho, consolidar nuestra democracia, y tenemos mucho todavía que recorrer, y crear una cultura de respeto a los derechos humanos basada en la promoción de la verdad y la justicia.

Estos logros han estado ligados en buena medida a la forma en que nos hemos ido insertando en el mundo, tanto en el plano regional como global. Hemos abierto nuestras economías, nuestras comunicaciones y nuestra cultura, y estamos caminando, pero queda mucho más por hacer.

Pero también estamos conscientes de los riesgos del proceso de la globalización. Tenemos claro que así como hay una fuente de oportunidades, fuente de oportunidades como fueron los tratados de libre comercio que suscribimos con este país y que nos han permitido incrementar nuestro comercio más de 6 veces en 10 años, hay oportunidades, pero también la globalización puede originar agudas inequidades y graves riesgos. La crisis financiera internacional de los últimos años mostró la vulnerabilidad de nuestras naciones ante eventos que nosotros no originamos y que no podemos controlar. Es allí donde tenemos que ver cómo actuamos entonces, unidos y de consuno, frente a este tipo de situaciones.

Cómo somos capaces de enfrentar en este cambio de milenio el número creciente de personas que son puestas al margen de las ventajas de la globalización.

Cómo en muchos de nuestros países tenemos un sector de punta, con tecnología de

última generación que avanza, y cómo hacemos para que no se nos vayan quedando atrás segmentos significativos de la población para quienes el progreso no llega, porque del progreso saben sólo de lo que decimos sus dirigentes, pero que no entra a las casas o los hogares de cada uno de ellos.

Se olvida, entonces, que es allí, que para algunos este tipo de producción necesitaría un empleo no sólo más flexible, sino a ratos precario y desprovisto de garantías. No creemos que esa sea la forma de entrar a la globalización. La importancia del Estado se vería minimizada y se cuestionaría su papel de guardia de las garantías sociales.

Se olvida así que en un mundo globalizado el desarrollo requiere un Estado normativo y catalizador, que facilite, promueva y regule los negocios privados. Sin un Estado efectivo, el desarrollo económico y social parecen imposibles.

El mercado asigna bien recursos, pero no queremos una sociedad que se construye a imagen y semejanza del mercado, porque esa sociedad está destinada a reproducir la desigualdad que existe inevitablemente en todo mercado.

El sentido profundo de nuestros países y nuestras políticas públicas está en cómo somos capaces de construir, a través de nuestras políticas, la necesaria red de protección social para que en nuestras sociedades no exista el temor a la enfermedad porque hay un sistema de salud, no exista el temor a la ignorancia porque hay un sistema educacional, no exista el temor a la intemperie, porque hay una política de vivienda.

Cómo somos capaces, en definitiva, de abarcar un sistema en donde la democracia consista no sólo elegir nuestros gobernantes, sino erradicar el temor que existe en muchos de nuestros conciudadanos, porque no hemos construido una sociedad que a cada uno le dé garantías de participar de un mundo mejor, y a nuestros hijos iguales oportunidades para todos.

Y es cierto, también hemos visto, como aquí se ha recordado esta mañana, que la globalización, en su nombre, se destruyen culturas locales y entornos ecológicos. Es aquí donde surgen situaciones de violencia, abuso de los derechos humanos y de guerra que la comunicad internacional a ratos todavía no sabe devenir o enfrentar.

Todo esto nos obliga, creo, a reflexionar sobre el curso que lleva la globalización y a tomar medidas necesarias para gobernar su mundo. Digámoslo en una sola palabra, la globalización no tendrá un rostro humano si no somos capaces de establecer normas e instituciones globales capaces de regularla, en sus distintos planos, financieros, tecnológicos, jurídicos, medio ambientales, comerciales. En este siglo XXI éste va a ser el gran tema que nos convocará.

Ningún mecanismo automático va a reducir las desigualdades que se generen a nivel global, la inestabilidad y las crisis que trae consigo la globalización. Tiene que haber voluntad política, una voluntad que sólo puede nacer de los Estados, sólo puede nacer aquí, de la expresión de la voluntad soberana.

La definición de las normas e instituciones no puede ser adoptada por un grupo pequeño y exclusivo de naciones, dejando al margen el resto de los países. Nuestros pueblos quieren ser ciudadanos del mundo global y no meros espectadores. La sociedad civil

demandará ser un actor cada vez más importante en este mundo globalizado.

Y por eso, entonces, tenemos que plantearnos cómo somos capaces de crear espacios donde podamos participar todos, todos, en la definición del mundo que nace con este milenio. Chile está dispuesto a apoyar toda iniciativa en este campo.

Por eso estoy hoy aquí ante este Congreso, para señalar que la política exterior de Chile se hace a partir de lo que somos y lo que queremos ser, atendiendo nuestras raíces y también cuidando aquellas flores que hemos podido producir.

Quiero señalar aquí solemnemente que proyectamos nuestra política exterior desde nuestra más profunda identidad latinoamericana. Es a partir de esta realidad que queremos participar con México y los demás países de América Latina en demandar una voz única para participar en la conducción del mundo que se abre hoy ante nuestros ojos.

Ello tiene que ver con nuestras oportunidades en el mundo que viene, con nuestra propia viabilidad en ese mundo que empieza a surgir ante nuestros ojos, en donde los espacios económicos se amplían y las sociedades se globalizan. De ahí nuestro empeño en consolidar una verdadera política regional.

Hemos seguido con particular interés las aproximaciones de México a distintos países y bloques de América del Sur, hemos seguido con particular interés el protagonismo y el liderazgo de este país, desde el modesto grupo Contadora en la década de los 80, al Grupo de los 8, para devenir luego en el Grupo de Río, la única instancia de coordinación verdaderamente latinoamericana. Es aquí en donde entendemos que tenemos que aprender a caminar.

Pero entendemos, en consecuencia, el proceso de integración de una perspectiva muy amplia. La globalización, la integración, la vemos como un camino en que nuestros países transiten hacia una globalización ventajosa para nuestros pueblos. No puede ser la integración vista sólo como un instrumento del comercio, como un instrumento que se agota en discusión de aranceles. La integración, mis amigos, es mucho más que eso. La integración se hace a partir de una definición de valores compartidos en el campo político, a partir del respeto a los derechos ciudadanos y en el credo democrático que nos convoca a todos. La globalización tiene que permitirnos también, el proceso integrador, de entender que más allá del comercio y las inversiones debemos ser capaces entre nosotros, latinoamericanos, de trabajar una gran carta social.

¿Por qué no? En un mundo globalizado, con libre movilidad de bienes, capitales y servicios, nuestros trabajadores, como aquí se recordaba, no tienen la opción de cambiarse. La mano de obra es el único factor de la producción que no goza de movilidad.

Cómo somos capaces de definir entre nosotros una carta social que sea capaz de colocar, con la misma importancia, con que debemos tratar con rigor para no tener un déficit fiscal, los esfuerzos que tenemos que hacer al interior de nuestros países para no tener niveles de desempleo elevados y para no tener profundas desigualdades en el ámbito social, como hoy día ocurre todavía en nuestros países.

Aprendamos de otros también. Cuando aquellos definieron Maastricht como un conjunto de normas de cómo ordenar las economías en Europa, también definieron después una carta social para entender que la competitividad en el mundo no se hace a expensas de la masa laboral, como algunos lo creen en nuestros países.

Por eso me parece tan importante entender que los procesos de integración tienen que hacerse a partir de una visión común compartida, que hoy por fortuna se extiende en América Latina.

Y llego hasta aquí, al Congreso de México, a decir que, sí, que es posible que ese vínculo profundo entre Chile y México, que surge desde los albores de la Independencia, desde el grito de septiembre aquí y allá en el sur del mundo. Eso es posible hacerlo ahora, entendiendo que hay una entidad común.

Es cierto, queremos comerciar con todos los países del mundo. Chile, Chile tiene un comercio tremendamente equilibrado: casi un tercio de nuestro comercio es a Europa, un veintitanto por ciento América del Norte, Estados Unidos, otro veintitanto el Asia. El resto, América Latina.

Queremos, entonces, tener acuerdos para poder fomentar nuestro comercio con Europa, con Estados Unidos o con el Asia. Pero una cosa son acuerdos para fomentar comercio e intercambiar bienes y servicios, y otra cosa es creer que a través de esos acuerdos se define la política exterior de los países. La política exterior se define a partir de las identidades que tenemos con cada uno de los valores que son los que pernean nuestros pueblos.

Por eso me parece tan importante decir aquí que Chile puede abrir a acuerdos comerciales con muchos sectores del mundo, pero la política exterior la hacemos desde América Latina, con los hermanos de América Latina, y por eso hoy hablo en este Congreso ante todos ustedes.

Porque es, entonces, aquí donde estamos en condiciones de defender mejor lo que somos. Y lo digo aquí, en este México, qué duda cabe, ha sido la gran potencia cultural de América Latina. Aquí ustedes, ustedes que están inmediatamente al sur del Río Grande, ha sido con su potencia cultural, con la raíz étnica que aquí se forjó y que fue capaz de tener esa civilización que nos enorgullece a todos, aquí, que fueron capaces de incorporar a la colonia y al conquistador español con su propia impronta, aquí, ustedes que en el siglo XX fueron capaces de generar la primera revolución social de este siglo. Ustedes, con su tremenda fuerza cultural, son los que dan contenido y contexto a una visión latinoamericana como ningún otro país del continente.

Con el mayor orgullo de lo que hemos allá en el sur del mundo, en el ámbito cultural, con nuestras etnias y nuestras identidades, reconocemos lo que aquí ha surgido como identidad de lo que queremos llegar a ser.

Y por eso hoy al llegar hasta acá a este Congreso, es que quisiera decirles que con este espíritu he llegado aquí para reforzar nuestras relaciones bilaterales, para entender que hemos avanzado grandemente en el comercio y las inversiones recíprocas, hemos pasado revista esta mañana con el Presidente Fox en este ámbito, pero también hemos puesto un elemento fundamental en nuestras relaciones, porque queremos también ser

capaces de tener una mayor integración en el ámbito de nuestros sistemas educacionales, de nuestros estudios de pos grado, las posibilidades de ayudarnos recíprocamente a crear ciencia y tecnología, porque allí también está la clave de una mayor independencia al interior de nuestras propias políticas.

Es cierto, profundizaremos las relaciones económicas bilaterales, pero profundizaremos también nuestras relaciones culturales, educacionales, a nivel universitario, en ciencia y tecnología. Los países que avancen en este campo, son los países que en el siglo XXI van a estar en mejores condiciones para definir con autonomía su propia inserción en el mundo del futuro, de la ciencia, la tecnología, el conocimiento.

De eso se trata, cómo somos capaces, entonces, de definir entre nosotros, entre nuestros pueblos, una política exterior con sentido ciudadano, en donde la política exterior la concibamos sobre la base de un profundo sentido a partir de nuestras raíces. El dinamismo y rapidez con que han ocurrido y siguen ocurriendo los cambios en el mundo contemporáneo, nos obligan a esforzarnos en la búsqueda de políticas más adecuadas para insertarnos como países y como región en este nuevo mundo del siglo XXI.

Es que en este nuevo mundo tenemos que hacer un esfuerzo como América Latina para hablar con una sola voz, o no seremos oídos individualmente. Cuando decimos que en ese mundo global va a tener que haber normas de conductas que la regulen, es porque queremos participar nosotros en esa definición, y hoy, digámoslo, no estamos participando.

Con el mayor respeto a los países que integran el Grupo de los 7, leemos en la prensa sus acuerdos a cómo va a crecer el mundo de las principales potencias y cómo ese crecimiento nos va a afectar. ¿Cuándo, en qué momento podremos decir que también queremos opinar en aquello? También queremos opinar sobre cuáles son las normas en las cuales se va a regir ese mundo global. ¿Serán otros los que van a definir las normas medioambientales o laborales por las cuales debemos regirnos? Queremos tener nuestras propias normas laborales y medio ambientales. No queremos que nos sean dictadas por otros, queremos llegar a un consenso sobre cómo debe hacerse, y eso es posible.

Pero eso requiere, entonces, primero, un esfuerzo de integración, de integración política, económica, social, cultural, de nuestros países, para allí definir una política exterior con sentido ciudadano y en donde nuestras relaciones internacionales le hagan sentido a nuestros pueblos al interior de nosotros mismos.

Por ello, entonces, es que hemos diseñado una política exterior en que entiende que el proceso de cuidar los intereses permanentes del Estado se encuentra íntimamente ligado a la diversidad y riqueza de la sociedad civil.

Y aquí, es en este ámbito donde me parece tan importante buscar los caminos para definir una política de Estado que esté más allá de los gobiernos, que por definición somos transitorios, que nos convoque a los distintos sectores de la sociedad, con toda su riqueza y con toda su diversidad, pero entender que hay ciertos ámbitos de la política exterior de nuestros países que nos obligan un profundo esfuerzo de concertación, porque lo que tenemos al frente es un mundo difícil en el cual tenemos que actuar todos

de consuno, de consuno, colectivamente latinoamericanos, de consuno colectivamente al interior de nuestras sociedades.

Sé que es difícil a ratos el proceso de concertación al interior de nuestros países.

En Chile, hemos tenido un proceso de heridas muy profundas, que tarda en cicatrizar, pero, excúsenme, cuando fui elegido señalé que estaba elegido no para administrar las nostalgias del pasado, sino para construir un futuro que nos convocara a todos. Es cierto, tenemos que ser capaces de construir, de una u otra forma, tenemos que ser capaces de construir una sociedad que en lo esencial tenga un propósito común para ser capaces con fuerza de insertarnos en un mundo que si no, no nos va a escuchar.

Al llegar hasta acá, quisiera decirles que en definitiva lo que buscamos es una política exterior con una perspectiva humanista, en donde en definitiva es la perspectiva de la persona y del ser humano, que es en último término la razón de ser por la cual estamos en las tareas públicas.

Antes que yo aquí, muchos otros chilenos que dirigieron mi patria, se dirigieron a este Congreso. Cada uno de ellos expresó la visión de cómo en ese instante se encarnaba una política exterior que era el reflejo del Chile de ese instante.

Por eso quisiera hoy decir acá esta tarde, junto con un autor vuestro, que "la historia no es más que el esfuerzo desesperado de los hombres por dar forma a sus sueños más clarividentes". Cómo somos capaces de dar forma a los sueños que tienen más de 200 años, cómo somos capaces todos juntos de decir, sí, ahora podemos iniciar un camino en donde a partir de nuestras políticas públicas, entre otras la política de nuestras relaciones externas, nos convoca a todos, ciudadanos de América Latina, para poder ser escuchados en un mundo que si no lo hacemos nos castigará por nuestra incapacidad de coordinación y nuestra capacidad de convergencia.

No nos engañemos. Es que estamos en un mundo distinto al que nos acostumbramos durante tantos años. Porque ese mundo cambió tenemos que tener ahora la profundidad de entender que nuestra política exterior nos obliga con más fuerza que antes a tener una identidad política, económica, social y cultural que nace de lo que somos, de las raíces de nuestros propios pueblos.

Porque tenemos una historia común yo los invito, amigos del Congreso de México, a construir el futuro común. Después de todo, a partir de esta historia nos ganamos el derecho a construir el futuro. El futuro será nuestro, pongámonos de pie y comencemos a caminar. Muchas gracias por haberme escuchado.